LA NOVELA CORTA

20 CTS

REGALO DE BODA

POR

DIEGO SAN JOSE

¡ENAMORADAS!
¡ILUSIONADAS!
¡SOÑADORAS!

Pronto tendreis en vuestras lindas manos

El Libro Azul

(Novelas de amor, ilusión y ensueño.)

OBRAS MAESTRAS DE PASION Y ROMANTICISMO UNIVERSAL,—LUJOSAMENTE PRESENTADAS.—ESCRUPULOSAMENTE TRADUCIDAS. — ORNADAS CON MAGNIFICAS CUBIERTAS E ILUSTRACIONES A CUATRO COLORES.

Volúmenes de 120 páginas, 1,50 pts.

Los jardines por donde se aventura el ideal de cada día y el ensueño de cada noche, tejiendo de oro las quimeras de cada mujer, se ofrecerán a vuestros maravillados ojos en

EL LIBRO AZUL

(Nueva Biblioteca Romántica)

cuyo primer volumen lleva la célebre firma inglesa de

Elisabeth Tenant

amena, sutil, sagacísima narradora de las aventuras de

SYLVIA

(Diario íntimo.)

N.° 480 Año X

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

Madrid 7 Feb. 1925

ADMINISTRACIÓN: MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO J-624

REGALO DE BODA

NOVELA INEDITA

Diego San José

(ILUSTRACIONES DE MEL)

I

Un demonio dicen que fué el señor don Gil de Acevedo, en los años no muy lejanos todavía de la mocedad.

Como dice Zorrilla de su audacísimo "Don Juan", "no hubo para él segura, vida, ni hacienda, ni honor".

Se batió cuando hubo ocasión para ello, con cuantas espadas de buen temple saliéronle al paso, sin pararse a mirar que pudieran volverse las tornas en modo que a quien él pensaba en matar y mató al fin, le clavase una estocada en el corazón que le obligara a hacer el postrero viaje mucho antes de lo que él tuviera determinado.

Para pintarle tal y como fué y haber la seguridad de que la pintura pudiese alcanzar las lindes de la perfección, habría que copiar cuanto se ha dicho en todos los tiempos de "Don Juan Tenorio" y de don Miguel de Mañara, bienaventurados por excelencia del libertinaje español.

Espejuelo diabólico de incautas doncellas, pesadilla de maridos y espanto de padres y hermanos fué su merced desde los dieciocho años hasta muy bien cumplidos los cuarenta en que un triste desengaño, dado por una bizarra hembra en cuyo cerco puso más de lo que tenía por costumbre, junto con un cruel amago de gota que le tuvo preso en su posada durante todo un invierno, hiciéronle conocer que ya iba cuesta abajo por el camino de la Vida.

Hasta allí todo había sido agradable, sin que los ojos se cansaran de mirar

cuanto pasaba ante ellos, ni el cuerpo mostrase fatiga por más jornadas que le metiese, así por camino llano como por escabrosas e intransitables veredas.

La espada en la cinta siempre estaba dispuesta a salir ágilmente de la vaina para responder a cualquier agravio y mantener sus caprichos de hombre de calidad y no hecho a ser en festín alguno, convidado de segunda mesa.

En los garitos y ermitas del desorejado Jorge, deseábanle y temían a un tiempo mismo.

Le deseaban porque era liberal y digno en el juego, quiero decir, que perdía grandes sumas sin que jamás se le advirtiera la emoción pintada en el rostro. Si perdía en buena ley, porque la suerte le fuera adversa, apartábase cortés y aun daba "barato" entre los mirones que estaban como hambrientos en torno de la mesa, pero como alguna vez advirtiera que el desvalijamiento de su faltriquera fué hecho por malas artes de tahurfería, allí era el arder la casa como si la hubiesen puesto fuego en los mismos cimientos.

Si ganaba, no era tirano con el perdidoso y cuantos contemplativos estaban en la sala, salían de ella siendo panegiristas de su liberalidad.

Lo único que no podía sufrir ni consentía a su lado, era aduladores ni gentes conquistadoras de voluntades por medio del continuo servilismo, así es que "celestinas" y alcahuetas hacían con él tan poco negocio, que antes hacíanle la cruz en topándosele en su camino, como si fuese el diablo, que se apresuraban a buscarle, sabiendo que en alguna tablajería secreta se despachaba carne de falda de la buena.

Cuando llegado el otoño de su vida empezó a advertir con no poca melancolía, como a todos nos acontece, que comenzaban a desprenderse las primeras hojas del árbol de su juventud, vino a conocer a cierta dama forastera, hermosísima por todo extremo, y así de como la vieron sus ojos, pensó en hacer con ella lo que tan a gusto de entrambas partes había hecho con otras y después, como dicen, emprender la del humo.

Su merced, que era una rica viuda valenciana venida con la corte de la reina Margarita, cuando esta señora retornó de recrearse con su regio esposo en las posesiones que el duque de Lerma había en Denia, no era de aquellas fortalezas que se desmoronan al primer asalto.

Doña Marta de Albalate, que este era el nombre de la ricahembra, no sólo produjo la admiración del señor Don Gil, sino de cuantos la vieron una sola vez

Su peregrina belleza era el encanto de cuantos ojos la miraban.

Nuestro caballero dióse traza para que le presentasen a ella en una de las muchas fiestas con que Felipe III descansaba del "arduo e impondrable trabajo de gobernar", y en aquel mismo instante comenzó el asedio.

Pero lo que no le había ocurrido nunca, le aconteció esta vez, y es que advirtió que aquella mujer se le entraba en el corazón sin pasar por el almojarifazgo pecado carnal.

Doña Marta, a quien parece que tampoco hubo de antojársele mal galán el señor Don Gil, admitióle por cortejo, como entonces se usaba sin ser de nadie mal visto.

Podía una dama ser tan honesta que sirviera a Fray Luis de León de modelo para escribir "La Perfecta casada", y admitir en su devoción un galán y un martelo sin que por ello querellárase el marido ni aun la misma religión, que tan severa parecía ser con las costumbres de los demás.

Don Gil, no perdió tarde en acompañarle en la rúa por la calle Mayor al caer de la tarde o en el Prado y en los Atochares, y después a tomar el chocolate o una perada dulce, sin que la dama se apease del coche, en alguna de las botillerías de la Plaza Mayor o de "Herradores".

Si había comedia, en el "aposento" de Doña Marta estaba nuestro hombre desde primera hora y al acabarse la diversión, con sus mismos pajes, sumados a los de la dama, dábale escolta hasta el caserón de Lerma, que estaba en la

Carrera de San Jerónimo, dando la vuelta al Prado de San Fermín, y valía por posada de la hermosa hembra.

Aún en el templo no la dejaba su merced, sin que la asediada mostrase cansancio, por tal asedio, aunque lo cierto era que lo más que concedía a su rendido amador, era la diestra mano para que se la besase al tiempo de despedirse.

Tales iban las cosas, y a lo que parece, con buena traza, para acabar de cuajarse en matrimonio, cuando una mañana, al disponerse Don Gil a salir de su posada para comenzar la devoción de su martelo, vió que hacia él venía una de las dueñas de Doña Marta, toda destocada y llorosa, exclamando:

—¡Ay, señor Don Gil de mi vida!, pues que tan acendradamente la quiso vuesa merced y tan hermosa la vió como la luz del día no habrá muchas horas, excúsese de ir allá y encomiéndela a Dios como buen cristiano, que a este tiempo desdichado esto será de más provecho para su alma.

—Pues, ¿qué pasa?—inquirió con ansia el caballero, parándose mortal ante la dueña.

A lo que respondió ésta, toda temblorosa y hecha un mar de lágrimas:

—No habrá, señor, quien me lo saque de la cabeza, aunque frailes descalzos se empeñasen en ello y me lo nieguen cuantos cuantos aran y cavan.

—Pero, acabad de una vez, doña Gonzala de todos los diablos, ¿Qué es lo que tienen que sacaros de la cabeza y negaros tan sabia gente como son los destripaterrones y los padres del Carmen?—inquirió rudamente Don Gil, zarandeando a la atribulada vieja, que, al fin, viéndose rogada con tales miramientos, dijo:

—Quien le ha quitado la vida, aunque él lo niega, ha sido Román, el mayordomo, porque la veía en grave riesgo de casarse con vuesamerced...

No oyó más Don Gil.

De un furibundo empujón arrojó a la triste anciana contra la pared del caserón y dió a correr atropellando cuanto se le ponía delante hasta dar en el palacio de Lerma, que no estaba lejos de allí.

Cuando llegó al zaguán, encontróse con que le cerraban el paso los alguaciles y corchetes del Alcalde de Casa y Corte, los cuales eran barrera infranqueable contra toda persona ajena a la servidumbre del valido.

Cuando estaba materialmente luchando con los tales golillas, acertó a salir una persona tan biesquista en aquella poderosa casa como Don Rodrigo Calderón, quien, conociendo a Don Gil, y compadeciéndose de su duelo, hízole subir a su coche para explicarle, en tanto que iba a Palacio, lo poco que aun se sabía de la tragedia de que había sido víctima la hermosa dama levantina. Después, él pondría su mucha influencia con el duque para que la viese antes de que la diesen tierra en el hospital de la Corona de Aragón, que estaba al otro lado de la Villa, saliendo de ella por el barrio de Avapiés.

Maquinalmente subió su merced a la carrorza del ministro, que, con su desmedida opulencia y necio orgullo se iba labrando rápidamente su ruina, y así de como aquella rica y pesada máquina comenzó a navegar estrepitosamente por las malísimas calles de Madrid, díjole Don Rodrigo cuanto hastá entonces se sabía del desdichado suceso, y a la verdad, que era bien poco.

Al amanecer había sido encontrada muerta en su alcoba la ricahembra.

De las primeras averiguaciones aparecía como autor del crimen, un mozo de su misma tierra llamado Ramón Giner, que hacía oficios de mayordomo y según declaración de los criados, parecía tener sobre ella más ascendencia que la corriente entre amo y criado.

No bien tales palabras cayeron en los oídos de Don Gil, alzóse tan rudamente del asiento, que dióse un no liviano golpe en la cabeza con el techo de la carroza, y exclamó:

—Mienta quien tal dijo y el bellaco que lo repite...

Don Rodrigo, que sobre soberbio no tenía nada de sufrido, como se vió tratar de aquella manera, replicó:

—De eso mentís ya me daréis cuenta cuando os halléis más sobre vos, pues ahora, conozco que os fuerza el dolor, pero, sabed que yo no he mentido jamás, y aunque lo hubiese hecho, con ser ello cosa tan fea e impropia de un caballero, no lo hubiese consentido ni a mi padre que me lo echase en cara de la manera que vos acabais de hacerlo—y continuó con la relación del mal acaecimiento—. Tal bellaco, aunque os pese, desde el punto y hóra en que os vió haciendo la rueda a su ama, dió en tomarse de celos en tal manera, que a las veces, ni delante de los otros criados curaba de disimular, y a tanto llegó, que anoche ella parece que le amenazó con apartarle de su lado, pero no como suele hacerse con un fámulo que se desmanda de su ordinario menester, sino como a galán que ya cansa y aburre con sus continuados tormentos de celosía. Alguien, y así parece que lo ha declarado ante el juez, oyó decir a doña Marta:

—No creo yo que os vaya tan mal conmigo, pues no se me alcanza qué señora podríais encontrar aunque más valiáseis que Adonis, que os dé más de lo que yo os doy, pues para vos solo no parezco yo la mayor virtud de España.

Y esta mañana, sin que nadie haya advertido nada en toda la noche, amaneció su merced con un cuchillo hincado en la garganta. Ahora van a dar tormento al mayordomo y se sabrá lo que haya del caso.

Don Gil no quiso oir más de labios de Don Rodrigo, y acertando apenas a pedirle perdón por las pasadas razones que antes le dijera, y que el otro, haciéndose cargo de la excitación del infelice caballero, recibió de muy buen grado, pidió licencia para apearse e irse adonde Dios fuere servido, a dar alimento a su desesperación.

Desde luego puede tenerse por cosa cierta que, aunque los pies empeñábanse en encaminarle hacia la casa del crimen, la voluntad y el pundonor, poniéndose de común acuerdo y echando por sitio distinto, cuando quiso darse cuenta hallóse en la ribera del río.

Allí a solas, salió a plaza toda la amargura que llevaba en el corazón y lloró tanto de despecho como de pesadumbre, porque era lo cierto que había llegarado de aquella mujer con todas las veras de su alma.

Bien puede creerse, según la intensidad con que hubo de afectarle, que esta fué la primera desilusión que sufriera en su vida.

El, que tenía por cosa cierta que aquella dama agregada a la servidumbre de la virtuosa reina Doña Margarita, era a un mismo tiempo la mayor virtud y la más peregrina belleza de España.

Por muchos días fué aquel suceso la comidilla de la Corte.

No se habló de otra cosa en las famosas "grades" de San Felipe el Real, y de allí a poco, salieron los ciegos cantándole en coplas y romances.

Sometido a tormento el mayordomo de la hermosa valenciana, en fuerza de tratos de cuerda y de cuña, cantó en el "ansia" todo su delito, y como por el entonces tales culpas solían substanciarse con más rapidez que ahora, antes de finar el mes, ya el malhechor había bailado la "Zarabanda" al cabo de una soga ensebada.

II

Por manera notable influyó aquel mal suceso en el carácter y en la vida del señor Don Gil de Acevedo.

No se le encontraba ya, como denantes solía acontecer, en todo lugar en donde hubiese bureo y algazara.

De tarde en tarde veíasele, procurando zafarse de que le vieran, y siempre

a punta de noche, saliendo de alguna iglesia en donde hubo de pasar las horas de la tarde, así como antes pasábala en la comedia o en el "Prado".

Viéndole tan mustio y dentro de sí, nadie era atrevido de abordarle, y así dejábanle pasar como si no hubiesen puesto mientes en él.

De pronto, se dijo que renunciaba al mundo y se retiraba en una escondida y áspera sierra en donde, haciendo ruda penitencia, pensaba en consagrar a Dios el resto de sus días.

A lo que se sabe, parece que una tarde entró en el templo de la Victoria a oir a un famoso misionero que encareciendo la vida solitaria como el mejor camino para llegar al Cielo, hizo grandes elogios de la vida de privaciones que un buen siervo del Señor llevaba en lo más abrupto y pintoresco de la vecina sierra de Guadarrama.

Tomólo su merced muy al pie de la letra y cuando el tal misionero acabó su sermón y salió del templo, esperóle el hidalgo para pedirle detalladas noticias de aquel bienaventurado.

Diólas el fraile, que debía de conocerle muy bien, y a otro día mismo, luego de haber dejado toda su hacienda en manos de su fidelísimo Martinillo, encargando que se la guardase durante un año, al cabo del cual si no tornaba, quedárase con la mitad y entregara la otra a los pobres, se partió en busca del santo ermitaño, en el que pensaba encontrar el sosiego espiritual necesario para acabar las jornadas de esta vida y la eterna bienandanza en la otra.

Vistiendo el tosco sayal de peregrino, con un bordón en la diestra y los pies descalzos, salió el hombre de la cortesana villa, y pidiendo de puerta en puerta para más mortificarse y ser así más grato a los ojos del Señor, siguiendo la estela de santidad que en pos de sí iba dejando aquel bendito, íbase acercando a su guarida.

En todas partes en donde preguntaba por él, no oía sino elogios de vida tan ejemplar.

III

Toda la comarca hacíase lenguas y elogios de la austeridad de aquel santo anacoreta, que desde más de veinte años atrás tenía su mansión escondida en la cumbre de una montaña donde sólo subían las siniestras aves que otean la muerte y viven de la podredumbre de la carne.

Una vez cada dos semanas bajaba al llano y pedía por aquellos pueblos que no eran muy abundantes, porque en ellos solía cobijarse la miseria humana y la inmisericordia del Cielo, que pocos eran los años que les dejaba libres de tormentas e inundaciones, que eran la perdición total de las cosechas.

Pero así y todo, a ningún vecino faltábale nunca un mendrugo que dar a fray Anselmo, ni un poco de aceite para que alumbrase continuamente la lámpara al pie del Santo Cristo.

Bien que el santo varón sabía corresponder siempre con remedios eficaces a los que padecían y con advertencias sanas y prudentísimos consejos a quienes lo habían menester.

Y cuentan los que le conocieron, que era su persona verdadero recreo de los ojos, pues no parecía sino que de un altar descendió para andar por el mundo haciendo elogio y predicación constantes de la bienaventuranza.

Erase de edad avanzada, alto, grave, pero con mucha placidez en el rostro, al que servía de marco una luenga barba, que era como un gran vellón de pulquérrima lana lavada en frescas y cristalinas aguas.

Traía en la diestra un recio báculo de encina y al hombro unas deslucidas alforjas, que eran depósito de la limosna.

Suave y pausada era la habla, que si alguna vez se le ofrecía reprender pasiones o censurar desmanes, nunca lo hizo con aspereza sino lleno de seráfica blandura.

Luego de enterado de las privaciones o alegrías de las gentes y recogida la limosna, pasaba a otra aldea, y ya que las corría todas, antes de que el sol se escondiera tras de las montañas, subía él a la suya a verle marchar. Y ya desde

allí a otros tantos días no se le tornaba a encontrar en el llano ni andando por los caminos.

Todo aquel espacio pasábalo en su paz solitaria, consagrado a la meditación, a labrar su huerto, que teníale muy lindo, con un poco de jardín en torno, y a cavarse la sepultura, que había empeño que fuese muy honda, porque así parecíale que habría de estar más lejos de la Vida.

El buen siervo de Dios y el caballero mundano que con muestras de tantas veras ansiaba ser aprendiz de cenobita, vinieron a encontrarse en Lozoyuela, viejo feudo señorial y de ingenio del marqués poeta de las "Serranillas", que tan maestra y dulcemente hubo de cantar a la "Vaquera de la Finojosa"...

Fray Anselmo bajaba a recoger su limosna.

Halláronse entrambos en la humilde cabaña de un pastor cabrerizo.

Expuso Don Gil su inquebrantable propósito de hacer absoluta renunciación de la vida mundana y aconsejóle el buen siervo de Dios, que antes de determinarse a ponerle por obra, lo mirase mucho, ya que la esclavitud religiosa, como el matrimonio, no son para un día solo y no más que la muerte puede quebrantarles. Pero a tan juiciosos y discretos razonamientos, respondió su merced, que harto mirado lo tenía y consultado con su conciencia.

Algo más parece que hubo de argüir el religioso montaraz, como si no le supiese bien que viniesen a turbarle la mística paz en la que tantos años llevaba viendo.

Al fin, más que por verdadera complacencia del espíritu, porque no entendieran su sano egoísmo, consintió la camaradería y de allí a poco espacio emprendieron juntos la caminata hacia el monte.

La caridad tuvo que aumentarse en la comarca para mantener a los dos bienaventurados que el Señor fué servido de poner a aquellas sencillas gentes por celadores de sus almas.

Don Gil, por no tener el más pequeño resabio del siglo mundano, quiso mudarse el nombre y así le dijo a su maestral en perfecciones del espíritu, que desde allí en adelante tuviese en cuenta con llamarle hermano Sebastián, capricho que como no le costaba dineros, no tuvo aquel el menor inconveniente en complacer.

* * *

—Hermano Sebastián—dijo una mañana fray Anselmo, a su compañero de penitencia—, he pensado, si os parece bien, que puesto que Dios da siempre a las criaturas más de lo que han menester para cubrir sus necesidades, y aquí hay bastante terreno, que hagamos en aquella parte, junto a las jaras, una choza para vos, ya que como veis, esta es insuficiente para entrambos y así forzosamente, puesto que no tenemos ni las mismas costumbres ni iguales costumbres, tenemos que molestarnos el uno al otro.

—¿Qué queréis decirme?—preguntó el hermano Sebastián de no muy buen talante.

A lo que respondió el otro tampoco con mucha mansedumbre:

—Quiero deciros, que Dios no gusta de comunidades en los desiertos ni en las cumbres, y así habemos de vivir un poco más separados. Si vos no queréis salir de aquí, yo seré quien vaya junto a las jaras.

No hablaron más durante aquel día, porque todo él le emplearon en disponer la nueva vivienda en que habría de acomodarse el hermano Sebastián.

Y de allí a poco vivieron la soledad de dos en compañía, de que habló el poeta.

También el hermano Sebastián labró su huerto y su jardín en torno de la choza, pero no se curó de cavar la sepultura.

No miró aquello como profesión, sino como noviciado.

Si algún día la Vida dábale tantas y tan recias voces que no pudiera dejar de escucharlas, acaso volviera a ponerse en los caminos del mundo, como un arrepentido del silencio y prófugo de la austeridad.

De tarde en tarde veíanse los dos penitentes y cuando esto acontecía, procuraban que fuese por corto espacio.

Ya no bajaban juntos a recoger la limosna.

En días distintos, cada uno la colectaba para sí, y según supiese cada uno del relleno de las alforjas del otro, así le encomendaba a Dios en sus oraciones.

—El viejo marrullero, hipócrita, ¿qué lágrimas de cocodrilo no habrá llorado para engañar a esos necios?

—El renegado, el buscavidas, ¿a qué cristiano le habrá contado la farsa de su arrepentimiento, que tal le vea yo en la hora suprema de la muerte, para que no entre en el Reino de Dios?

Y de esta manera, diz que hubo un día en que llegaron a las palabras y aún fué mucho que no llegasen a los hechos, porque no había cosa del uno que no le molestara al otro.

Las pasiones del mundo serán, como dicen, muy mezquinas, pero también muy enconadas para que no dejen de subir hasta las mismas puertas del Cielo.

Y el hermano Sebastián, que era el más fuerte y apegado de las cosas terrenas, terminó por perderse nuevamente en las revueltas del mundo, no sin haber quebrado muy bien primeramente los cascos de fray Anselmo con el regatón de su báculo

IV

Harto previsor anduvo el señor Don Gil en dejar a su fiel criado "Martinillo" encomendada la hacienda por vía de depósito, y así, aunque es lo cierto que el tal, que habíase visto a dos dedos de no haber necesidad de ser mandado por nadie en todos los días de su vida, no le hizo ninguna gracia el resabio mundano de su amo, que le volvía a la condición de sirviente, se la retornó tan entera como éste habíasela entregado.

Más, yo no sé si ello fué castigo del Cielo por aquella deserción o consecuencia natural de la placentera vida pasada (que en esto no se han puesto de acuerdo los diversos y autorizados autores que hasta la hora presente han tratado de este verdadero suceso), pero, es lo cierto, que apenas reintegrado el de Acevedo a su antiguo vivir, acometióle un terrible y doloroso mal de gota, que le tuvo postrado en su casa durante todo aquel invierno, que, dicho sea de paso, fué de los más crudos y pertinaces que se habían padecido por aquellos lejanos tiempos.

Con la dolencia, se le recrudeció el recuerdo del mal paso de la viuda valenciana, así es que tenía momentos que, con los dolores físicos y el padecimiento moral, estaba dado a todas las furias del Infierno.

Los días en que le era posible abandonar el lecho, y así de como llegó abril y cedieron los intensos fríos, eran los más de la semana, gustaba de estarse mucho espacio junto a un balcón, que daba sobre una plazoleta solitaria, pero bien soleada.

Cuando los días eran buenos, jugaban en ella unos niños y tomaban el sol algunos viejos, y su merced, en mirar la alegre y alborotada inquietud de los unos y al apagado sosiego de los otros, se distraía harto, y cuando se cansaba, volvía la atención a algún libro de los muchos que había sobre una mesilla, y pasaba a dar pasto a su lucida inteligencia.

Si el día era desapacible y la lluvia caía monótona, también hallaba distracción en mirar cómo salvaban los charcos y los torrentes de los canalones a las beatas que iban a hacer sus espirituales ejercicios en la iglesia que se alzaba enfrente de su viejo caserón.

Un día advirtió que en la casa anexa y que estaba deshabitada desde luengos años, había inquilinos nuevos, o, por mejor decir, inquilinas, las cuales eran una venerable dama y una moza de buen ver a las que asistían por servidumbre, una dueña quintañona, toda gafas y rosarios y un rodrigón evellanado, más grave que el conde Fernán González.

Tomo Don Gil informes de su inseparable lacayo "Martinillo" y presto supo que las tales mujeres eran una madre y una hija, que desde la ciudad de Segovia habían pasado a la Villa y Corte de Madrid por el aquel de cierto pleito de familia y entretenían sus forzados ocios visitando monasterios y hospitales, porque, además de ser muy piadosas, eran poseedoras de una inmensa fortuna que las consentía blasonar de caritativas.

Llamábase la damita Doña Lucía y la dama venerable Doña Juana, y a entrambas teníaseles en todo el barrio por altos ejemplos de acrisolada virtud.

Las comadres no hallaban sitio por donde hincarles los venenosos colmillos de la murmuración.

La moza, en tanto que su madre recorría con el viejo escudero covachuelas de la curia y despachos de magistrados, no dejando que se enfriara la hoguera del pleito que a la Corte les trajera desde su retiro castellano a la sombra del Acueducto, ocupábase en devociones y caridades, sin que nadie pudiera señalar la tacha alguna ni resquicio por donde pudiese entrar solapadamente el pecado mortal.

De verlas entrar y salir en la casa, estando su merced puesto al balcón los días que hacía bueno, como ellas también le advirtieran y teniendo informes de que era hidalgo de campanillas, muy bien quisto de la vecindad, en la que remediaba con su bolsa las necesidades de los menesterosos, finaron por saludarle desde lejos siempre que le veían.

Como a la moza, según la costumbre de aquel tiempo, iba siempre tapada con su luengo manto, no podía verla el rostro, por el lacayo "Martinillo", que era truhán examinado por la universidad de los pícaros, llegó a saber que era una de las más bellas mujeres que a la sazón había en Madrid, y de esta manera se lo dijo a su amo, quien por esto, aunque veíase en desgracia y como caballo viejo y resabiado, con poco humor de hacer corveta, entró en curiosidad de ver a la gentil hembra.

Comenzó el tiempo a caminar con buen garbo y la primavera a pintar sus primeras galas, con lo que el señor don Gil fuése aliviando mucho de la incivilidad de la gota, y antes de mediar el mes de mayo pudo dejar el retiro de su casa y salir algunas tardes al campo.

V

Uno de los monasterios que con más frecuencia visitaba don Gil antes del fracaso cenobítico, y el que parecía tener más ascendiente sobre su caridad era el de madres mercedarias de Don Juan de Alarcón, que aún existe al tiempo de ahora a la entrada de la calle de la "Puebla", haciendo esquina a la de "Valverde".

No se sabe si era la mucha humildad de las religiosas o el conocimiento que había con el capellán lo que le atraía; lo cierto estaba en que así como advirtió que la salud volvía a entrársele en el cuerpo a raudales, ninguna tarde dejaba de pasar un par de horas en el locutorio, y siempre al despedirse solía dejar alguna dádiva, que las benditas señoras agradecíanle muy de veras, porque era lo cierto y verdadero que estaban harto pobres, aunque no habían hecho voto más que de castidad.

Y una de las tardes aconteció que se encontraron en aquel santo lugar don Gil y la piadosa vecinita.

Aunque en los primeros instantes no se reconocieron por la poca luz que había en la estancia, pues ya iba declinando la tarde, de que llevaron algún tiempo vinieron a caer en la cuenta de quién era cada uno.

Como la damita tenía el velo echado hacia atrás, pudo su merced, con el auxilio de un postrero rayo de sol, que ninguna tarde parecía querer apagarse sin recibir la bendición de las monjitas, verla a todo su talante y gusto y quedó realmente maravillado de encontrar tanta belleza en tan pocos años.

Amor volvió a llamarle en el corazón con tan desmedidos y desaforados golpes como cuando la viuda valenciana, y ello le dió espanto y le puso casi a dos dedos de huir cobardamente, acordándose de marras.

Mas el bellaco del lacayuelo, que nunca se le apartaba de junto y conocióle la intención, miró a consentirle, recelándose de que en el enamoramiento de su amo pudiera encontrar la propia libertad, pues cuanto más espacio estuviese por Cupido encadenado, mejor podría él campar a sus anchas, emancipado de la servidumbre.

Don Gil, miró a terminar aquella tarde su visita, sin esperarse a tomar el sabroso chocolate, que de ordinario le ofrecían las agradecidas mercedarias, y fuése a la calle para ver salir a la damita forastera.

No se hizo esperar mucho la tal y entrándose rápidamente en la silla de manos que le esperaba partió con dirección a su posada hasta donde la siguió el caballero, con el mismo rendimiento que si fuese un escudero puesto a su servicio.

Al apearse en aquella plaza solitaria, donde entrambos tenían sus moradas, hallóse con la diestra de hidalgo que se le ofreció para saltar desde la silla al postigo.

Aun de momento dudó su merced un poco, mas como reconociera al vecino, abandonóle la mano y se dejó conducir hasta el mismo zaguán, en donde se despidieron muy ceremoniosamente, por ser la primera vez que se veían a solas; pero quedando, no más de con mirarse, en que al día siguiente a la misma hora, encontraríanse también en el locutorio de "Don Juan de Alarcón".

... ...

A doña Juana no se le resolvía su pleito, y como a pesar de no lograr nada en su favor, no cesaba de abrir cada día la faltriquera para dejar dineros en las garras de escribanos, procuradores, alguaciles y demás pajarracos de la curia, estaba a punto de volverse a su pacífica y castellanísima ciudad de Segovia, cuando a doña Lucía se le ocurrió que quizás el piadoso vecino don Gil, que era hombre asaz influyente en la corte, pudiera hacer algo que les ayudara en el logro de su pretensión.

Con tal pretexto presentósele un día en cierta solemnidad religiosa que hubo en las "Descalzas Reales", y a la que asistió el devotísimo Monarca, y como don Gil prometiera, desde luego, su influencia, allí mismo quedó sellada una franca y lealísima amistad.

Y parece que un día pidió licencia a doña Juana para visitarla, y una vez que la hubo logrado y era mucho lograr, pues no se sabía que jamás recibiese hombres en su casa, dicen que le habló de esta manera:

—Señora mía; yo, como puede acreditarse su merced, soy un caballero con muy buena hacienda y no poco prestigio en esta corte de Madrid, en donde de ordinario hay gentes de tanta calidad. La juventud, que ya tiene algunos días de distancia, mirada desde el de hoy, hame retirado por la fuerza cruel de algunos desengaños y tal cual achaquillo, que me demuestra que el tiempo no pasa en balde, recogiéndome a practicar obras de caridad y a prevenir el ánima para el eterno tránsito, que ya es sabido que suele llegar cuando menos se le espera. A vuestra hija vi desde los balcones de mi casa, en donde me entretengo algunas horas. Desde la primera vez que la vi agradóme sobremanera tanto en el garbo como en el recogimiento; pero como si fuese cosa de poco el admirarla a distancia, e ir insensiblemente prendiéndome en su bizarría, halléla no habrá muchas tardes practicando sus virtudes en el convento de las "alarconas", y como la viese el rostro tan peregrino, qué otro igual no se me acuerda de ha-

ber visto en todos los días de mi vida, tan esclavo suyo he venido a quedar, que si no consigo hacerla mi esposa, desde este mismo momento me doy por ausente de Madrid, yendo a recogerme a mis posesiones de Burgos.

Tan discretas parecieron a Doña Juana las sinceras razones de Don Gil, que no pudo por menos de responderle:

—Señor mío: Alta es la merced que acabais de hacerme con tal declaración, y aunque yo en verdad soy una dama honorable y de pingüe fortuna, creyendo en la verdad de vuestras palabras y sabiendo la buena estimación en que mi hija os tiene, como conozco harto que la única carrera de la mujer no es otra que la de casada, ¿qué he de hacer sino consentir, siendo ella gustosa a pesar de que veo que os separan bastantes años? Digo pues, señor Don Gil, que desde este mismo instante os considero como aprendiz adelantado de marido de mi hija y aun quedo con la confianza de que como hombre maduro que ya sois, haréis tan excelente esposo como buen yerno.....

... ...

VI

Rápidamente comenzó a correr la especie de matrimonio por todos los lugares en donde los opulentos novios eran conocidos.

A todo el mundo pareciole bien que uniéronse en santo lazo dos personas tan cabales y devotas.

Los pobres pensaban, que casándose aquellos dos prodigios de caridad saldrían mejor librados en las limosnas y las casas de religión que solían proteger con sufragios y novenas vieron acrecentárseles como la espuma el caudal de los cepillos; pero nadie recibió tan grande contento como las monjitas de "Don Juan de Alarcón", que ufanábanse como de cosa de alta honra el que en su locutorio hubiera comenzado el honesto idilio que con tan seguro paso llevaba camino de cuajarse en matrimonio.

Mucho fué que entre sus oraciones cotidianas en el coro, no lanzaren a los fieles el privilegio que tenían para tomar bajo su férula aquella boda, pero eran tan pobrecitas, que ni siquiera pudieron darse el gusto de regalarles el equipo aunque si el de bordarlo con mucho primor porque quisieron los novios darles este trabajo para hacerles después por via de obsequio una espléndida limosna.

Concertáronse pues las bodas y no hubo quien no augurase una dilatada ventura a tan gentil pareja.

Aunque era cierto que existía bastante diferencia de edades entrambos prometidos como en el momento de la petición de mano advirtiera doña Juana a su futuro yerno, no parecía muy exajerada la distancia, atendiendo al gallardo empaque que todavía conservaba Don Gil el cual estaba tan contento con el empeño matrimonial que parecía habersele olvidado por completo el mal lance con la viuda valenciana.

La extremada bizarria de su futura borrábale de las celdillas de la memoria todos los capítulos de aquel desdichado martelo.

El mismo pensaba sinceramente que aquella era la primera vez que quería de veras, todo lo demás antojábasele que no fueron más de pasajeros devaneos que no habíanle dejado la más ligera huella en el corazón ni en el pensamiento.

Dijérase que hasta se había remozado no más de con aproximarse a tanta mocedad como la de la gentilísima Doña Lucia. Nadie pensara que había estado todo un invierno y los comienzos de la primavera prisionero de la gota.

Volvió a ser galán cuidadoso de parecer bien, así en el vestir como en el aderezo químico de su persona.

Los hilos de plata que comenzaban a florecerle en la cabellera y en la barba, iban escondiéndose bajo el secreto de las pomadas y las tinturas con que cada mañana le impregnaba el peluquero a poco de salir de la cama y luego de haber hecho las ordinarias devociones como buen cristiano que era su merced.

"Martinillo" tenía que mirarse más que nunca en tenerle bien escobillado el vestido y bruñida en tal manera la afiligranada empuñadura del estoque que los rayos del sol se quebrasen sobre la plata como suele en las quietas aguas de un estanque...

A buen seguro que su merced volvió a parecer de perlas a las damiselas en estado de merecer, sazonado entretenimiento a las malcasadas y más que bastante consuelo a las viudas hartas de soledad.

Si "Martinillo" hubiera sido aquel "Mosquito" que sirvió al presumido lindo de la comedia famosa de Moreto hubiérale podido hacer muy bien una semblanza en catorce versos, que dijera:

A poco más o menos de las nueve
amanécele Dios a mi Don Diego;
comiénzase a vestir con gran sosiego,
se pule, se acicala y no se mueve
por temor a que el diablo se le lleve
un pelo del bigote), mientras luego
con trazas barberiles yo me llego
y queda más pulido que la nieve.
Vase a misa de doce a la "Victoria",
más que por devoción, porque le atiendan,
(que tiene en presumir su ejecutoria),
y adviertan si ya pica en narcisismo,
no hay llamas de Cupido que le prendan
porque vive amoriado de si mismo.

y así era a la verdad, que fuera de la dama por quien hacia tales extremos a nadie más que así propio dijérase que amaba con tanta pasión.

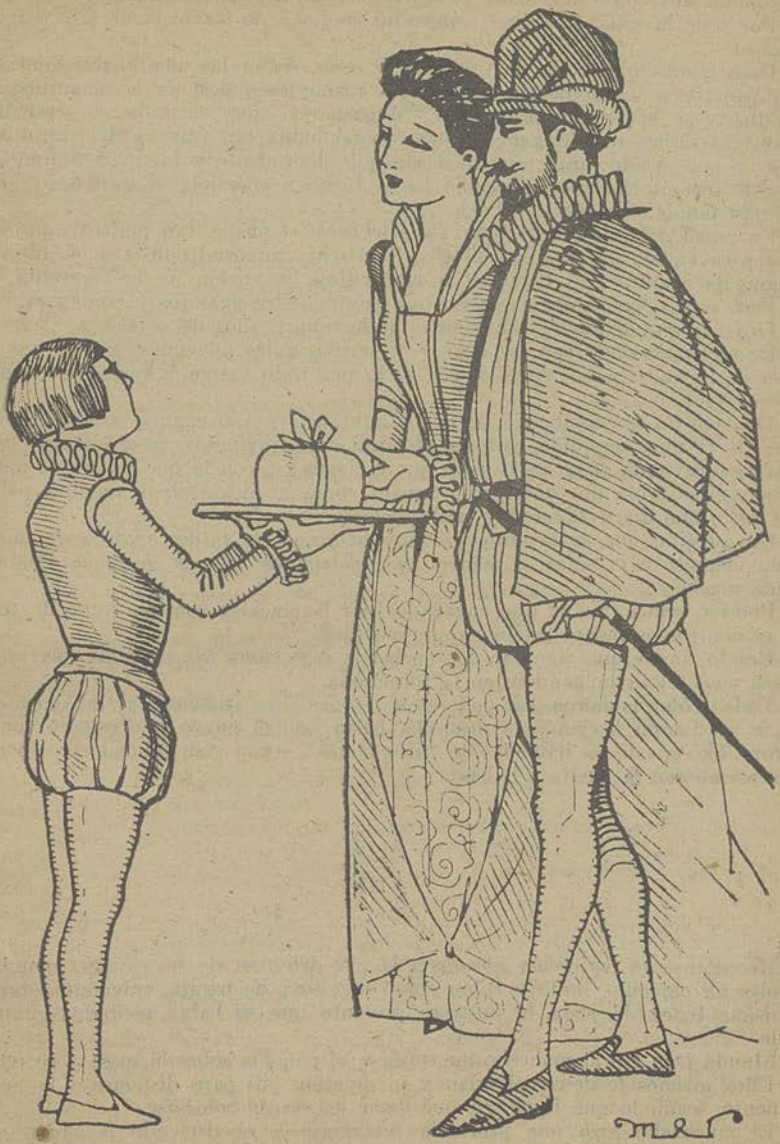
VII

Como la apetecida fecha de las bodas ibase llegando a todo andar fueron afluyendo los regalos a la casa nupcial, y allí era cosa de ver practicamente las simpatías y afectos que los felices contrayentes tenían en toda la corte y aun fuera de ella, que no parecieron de los más reacios en llegar los que vinieron de Segovia y Burgos, pues los cosarios de entrambas ciudades castellanas y pueblos al retortero de ellas, semejaban arcaduces de noria que venían a desaguar en el viejo palacio de los Acevedos que habría de cobijar bajo sus vetustos techos al nuevo matrimonio.

Los más ricos y diversos agasajos ibanse agrupando en las espaciosas estancias que estaban destinadas a ser archivos de tanta dicha...

Así mismo no faltaban las modestas atenciones de la gente humilde, que no quería dejar de ofrecer a sus bienhechores la sincera gratitud de sus pechos y no eran estas las ofrendas menos estimadas porque, quienes las aceptaban, comprendían muy bien, que antes salían del alma que de las faltriqueras.

Y luego, al fin, para calmar el ansia de los novios y de los convidados, llegó el felice día de las bodas, que fué uno de los más hermosos de Mayo, en que el



sol quiso lucir con esplendores de Junio, consitiendo a tal cual nube que de vez en cuando se le pusiera delante para no parecer demasiado riguroso.

Por toda la villa cortesana trascendió la dicha de la ricahembra y del gentil hombre.

Poco menos que boda de príncipes parecía, según las alcurniadas gentes que acompañaron a los opulentos consortes e irrumpieron después la magnífica huerta situada en las verdes orillas del "Manzanares", que entonces, a pesar de las enconadas sátiras de Góngora y Quevedo no había tan ruin caudal como ahora, pues no era pasado tanto espacio desde que el prudente y luctuoso Felipe II tuviese la idea de hacerle navegable hasta Lisboa, uniéndole al caudaloso "Tajo", pasando por el "Jarama".

En aquel deleitoso lugar hubo de celebrarse el ágape, tan opíparo, que malos años para aquel tan famoso del rico Camacho, inmortalizado por el libro más insigne de cuantos han honrado la maravillosa invención de la Imprenta.

Pasó el día, como era de razón que pasara entre agasajos y contentos.

Dijérase que al novio le habían quitado quince años de encima.

La novia ataviada con las ricas y vaporosas galas nupciales, parecía más hermosa de lo que era en realidad, con serlo por todo extremo, como ya queda dicho

Don Gil no se cansaba de mirarla y admirarla y aun cuando conforme con las leyes de la más cumplida cortesía atendió a sus invitados, puso cuantos medios corteses estuvieron de su parte para que le dejasen a con la que ya era su mujer y tantas ansias tenía de tomar en posesión como le autorizaban aquellas palabras de Cristo, que dicen "Creced y multiplicaos".

Un airecillo que se levantó, ya muy avanzada la tarde, seguido de una llovizna menuda y pertinaz, a manera del "calabobos" que se suele en Castilla le ayudó mucho.

Podrían sentir frío ya que engañados por la placidez con que hubo de comenzar el día, forzosamente estaban desprevenidos.

Era lo mejor que tomaran los coches y reservasen las energías que aun tuviesen para seguir holgándose en la tornaboda.

Todos comprendieron las poderosas razones que asistíanle al impaciente novio, y así fueron haciendo la deshecha hasta que el nuevo matrimonio tomó su carroza, que era de las llamadas de "tiros largos", según a su calidad correspondía), y emprendieron la vuelta a la casa...

VIII

Recogíanse ya los recién casados a la paz deleitosa de su cámara, cuando detúvoles un pajecillo, lindo y rubio como una sota de baraja, trayendo sobre una riquísima batea de plata el postrero presente que se había recibido durante la tarde.

Mandó Don Gil al mancebo que pusiese el paquete sobre la mesa y se retirase.

Ellos mismos le desenvolverían y lo dejarían allí para disponer a la mañana siguiente, según lo que fuese, en qué lugar habría de colocarse.

El muchacho hizo una profunda reverencia y obedeciendo la orden de su amo salió, deseándoles que pasaran buena noche, aunque dentro de su picardía, harto despabilada para lo que parecía corresponder a su tierna edad, no pudo por menos de decir entre dientes, mientras que discretamente cerraba la puerta del aposento:

—¡Que aproveche!

* * *

A lo que parece el regalo era cosa delicada y exquisita, por cuanto venía cuidadosamente envuelto y adornado con vistosos lazos de seda

Sin duda alguna que debía de ser cosa comestible, ya que los papeles que lo cubrían estaban muy sueltos para que lo que fuese no se malograra con el roce.

No habiendo cuchillo a mano, la damasquinada daga de Don Gil cortó las cintas por no perder tiempo desatando nudos.

El arma primorosa quedó sobre la mesa robando al rico velón que daba luz a la estancia los débiles pero suficientes reflejos de sus ocho llamas.

Fué descubierta al fin el alma del misterioso paquete y entrambos esposos quedaron trémulos y confusos.

Luego de mirar rápidamente el contenido, los ojos del uno quedáronse profundamente fijos en los del otro.

—¿Qué quería decir aquello?—preguntaban los de Don Gil.

—¿Qué piensas tener que reprocharme por una burla infame de algún enemigo tuyo?—preguntaban los de doña Lucía.

Lo que aparecía burlesco ante los recién casados, que poco antes no pensaban que pudiera haber cosa en aquel día capaz de deshacer su felicidad, era un grotesco símbolo contra la honra de los maridos.

Consistía en unos cuernecillos de chivo, aderezados culinariamente de una manera especial.

En el envoltorio no parecían indicios de quién fuera el infame burlón que los enviara, ni el paje, que fué llamado para preguntarle quién los trajo, dió claridad alguna.

Dijo que una mujer en trazas de beata, que ni siquiera quiso esperarse a recibir el agasajo con que se obsequiaba a todos los criados que llevaban presentes de parte de sus amos.

Salió el paje y volvieron a quedar solos doña Lucía y don Gil, pero ya no con el contento con que entraran.

A don Gil representáronsele con los colores más trágicos la burla que costara la vida a la hermosa levantina doña Marta de Albalate.

Creyó como si verdaderamente fuese cosa cierta y averiguada que su honor estaba en entredicho.

Acaso doña Lucía como doña Marta, bajo una apariencia recatada y el encanto de una peregrina belleza, no fuese más de otra gentil buscona de buenos partidos, de las que tantos y refinados ejemplos tenía la literatura picaresca.

Sin duda de ninguna especie que el tal regalo era una advertencia anónima que se le hacía, para que diérase cuenta de cómo habiendo pensado caer de lleno dentro de la misma honestidad no había hocicado sino con la más hipócrita y desenvuelta pécora de todas las furias del pecado.

Un marido de entonces, si tenía plena conciencia de su honorabilidad, "no andábase por las ramas", como ahora se dice.

La simple acusación ya representaba tanto como el delito probado.

Don Gil dió por cierta desde luego la consecuencia del regalo y sin pararse a entrar en más averiguaciones furioso y vengativo, porque creyó que a un mismo tiempo se cobraba del chasco pasado, asió la daga con que cortara las cintas del funesto presente y la hincó en el inocente corazón de la esposa virgen.

Desesperado, loco, salió de su casa y huyó al azar.

Durante toda la noche anduvo como alma en pena por las desiertas calles de la coronada Villa.

Difícil era descubrir la situación en que se hallaba su ánimo.

¿Sería posible que el Destino, que en la mocedad habíasele mostrado tan propicio y placentero para las empresas de amor en las que no ponía más que la carne, cuando ya hecho hombre verdaderamente entregaba el corazón, le burlase por manera tan sangrienta poniéndole al paso malas mujeres?... ¿No sería también castigo del cielo por lo que fué?

IX

Más que los primeros bostezos del alba, las múltiples campanas de las infinitas iglesias con que se honra la Villa y Corte de las Españas advirtiéronle que el día se llegaba a todo andar por las doradas sendas del Oriente.

Como se hallase (sin darse siquiera cuenta de que los pies le llevaran) junto al convento de "Don Juan de Alareón", tan grato a su piedad, en donde vió de cerca por primera vez a doña Lucía, embocó en él con propósito de poner en orden la conciencia y entregarse después a la Justicia.

Cumplió primeramente con el piadoso menester de oir misa, encomendándose devotamente al Espíritu Santo para que fuera servido de asistirle con su luz, y quiso luego despedirse de aquellas buenas monjitas que tanto le habían considerado siempre y tenido presente en sus oraciones.

Estaban a la sazón las santas madres en el coro, y como había poco espacio que entraron, hubo de esperar don Gil un buen espacio bien contra su voluntad, que no estaba propicia a guardar conveniencias ni cortesías aunque quienes hubiesen de recibirlas estuviesen tan cerca de Dios.

Apenas cumplieron sus reverencias la primera obligación contemplativa de su descansado oficio, recibió la Abadesa al tempranero visitante.

—¿Pues cómo tan de mañana mi señor don Gil? Yo tenía entendido que los recién casados no eran amigos de madrugar—dijo la venerable y bizarra dama, que estaba en lo mejor del otoño de su vida, aderezando su bien concertada faz con un mohín picaresco.

Y antes de que el atribulado caballero diérase traza para responder (que ya comenzaba a hacerlo, dando de salida un prolongado suspiro) prosiguió la ebúrnea priora:

—Y ¿qué les pareció a sus mercedes del agasajo de estas pobrecitas de Dios? Si a la hora de ésta lo han comido, ya sabrán cuán sabroso es. Le hacimos según una receta que tenemos escrita de puño y letra del famoso Martínez Montiño, cocinero mayor de Su Majestad.

—¿De qué agasajo me habla, reverenda madre, pues es tal y tan embrollada la barahunda de mis pensamientos desde anoche, que no estoy para recordar cuál sea el presente que en el día de ayer me envió esta santa casa?—preguntó don Gil.

A lo que respondió la abadesa sin dejar su campechano y regocijado tono:

—¿Pues de qué otro ha de ser sino de los cuernecillos de venado, rellenos de pasta de almendra y tocados en las puntas con oro fino? Le enviamos sin decirles siquiera de dónde procedía para darles una agradable sorpresa, y porque es plato muy gustoso del Rey nuestro señor...

De un formidable salto púsose en pie don Gil, y asiéndose a los recios barrotes de la verja claustral apretábalos con formidable empuje, queriendo hendirlos para llegar hasta la monja y quedarse con su vida entre las manos.

Esta, toda asustada, se alzó a su vez del sitial que ocupaba y comenzó a dar tales gritos que congregó en su torno a toda la comunidad.

También la sala en que estaba don Gil fué irrumpida por el capellán del convento, sacristán monaguillos y demandaderos.

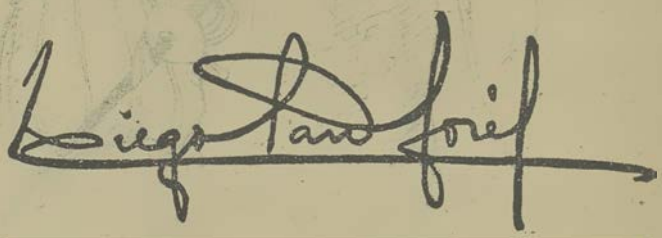
Por todos saltó el triste caballero viendo la imposibilad de quebrar las rejas tras de las cuales estaban las autoras simples e inconscientes de malaventura.

Lanzando blasfemias y denuestos, como un poseso de todos los demonios del infierno, echó a la calle y como se vió en ella continuó gritando:

—¡Prendanme y llévenme a la cárcel, de donde no salga sino para entregar mi cabeza al verdugo, ya que soy el hombre más criminal del mundo que ha quitado la vida a la más santa de las mujeres! Pero, luego de que me lleven, pongan fuego a esta casa sin dejar salir de ella a una sola monja, aventen después las cenizas y siembren de sal el solar en donde estuvo...

Y tantas voces dió, que presto se reunió a su alrededor cuanta gente había a tales horas por la calle, no siendo de los últimos en llegar una ronda de corchetes, que como le oyeran tales sinrazones le prendieron y le llevaron a la cárcel de Santo Oficio, por ser lo que se decía contra el buen orden y el respeto debido a la religión católica, que es de todas cuantas existen sobre la faz de la tierra la que menos sufre, con tener escrito entre sus doctrinas aquello de perdonar las injurias y consolar al triste.

Y más que por el crimen de haber degollado a su mujer, de allí a un año acabó sus alborotados días el señor don Gil de Acevedo en la "Cruz del quemadero", por haber alborotado en la casa de Dios y dicho mal de sus esposas, como pudiera haberlo hecho en la casa llana más alborotada de la Villa...



AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:

República Argentina: ANTONIO MANZANERA.-Independencia, 856.-Buenos Aires

Precio del ejemplar en Buenos Aires: 20 centavos.

Guatemala: DE LA RIVA HERMANOS.—9.ª Avenida Sur, n.º 8.—Guatemala C. A.

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 8.008